

ACERCA DE LOS CONCEPTOS DE UNIVERSALIDAD, NECESIDAD Y CONTINGENCIA EN ARISTÓTELES

FILOSOFÍA Y RELATIVISMO

RUFINO LECEA BLANCO

DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA, IES LA LABORAL, LARDERO (LA RIOJA)

rufino.lecea@gmail.com

RESUMEN. La distinción que Aristóteles establece entre lo universal, lo necesario y lo posible nos permitirá, en primer lugar, separar entre ciencia y opinión, y, a continuación, distinguir entre saberes teóricos (como la propia ciencia) y saberes prácticos (como la moral). Superar el relativismo tanto en la ciencia como en la moral es la condición para seguir haciendo filosofía.

Ante las proclamas de la muerte de filosofía o del final de la razón, hoy y en tiempos de Aristóteles, filosofía sigue siendo amor a la sabiduría. Lo contrario, hoy y entonces, es sofística.

ABSTRACT. Aristotle's distinction between universal, necessary and possible allows us, first, to separate between science and opinion, and then distinguish between theoretical knowledge (such as science itself) and practical knowledge (such as morality). Overcoming relativism in both science and morality is the condition to keep doing philosophy.

Before the death of philosophy or end of reason claims, today and in Aristotle's times, philosophy remains the love for wisdom. Otherwise, it is sophistry now and at that time.

1. FILOSOFÍA Y RELATIVISMO

La característica esencial de la filosofía consiste en ser un pensamiento que busca principios universales y confía en la posibilidad de alcanzarlos. Tales principios universales, en el conocimiento, en la moral y en el arte, se definen como “válidos para todos”. Lo contrario de la filosofía es el pensamiento relativista, que niega la existencia de principios universales, y el pensamiento escéptico, que niega la posibilidad de alcanzarlos (el relativismo es una posición ontológica, el escepticismo es su correlato epistemológico).

Frente al sofista, relativista o escéptico, se sitúa el filósofo Sócrates, para quien mediante la inducción podemos llegar a ciertas esencias universales en el terreno de la ética (justicia, valor, piedad...). Más ambicioso aún, su discípulo Platón otorga a las esencias universales una existencia eterna e inmutable, separada del mundo de la naturaleza sensible, esencias cuyo orden no es ya solo ético (aunque este sea el más importante: Idea del Bien, Idea de Justicia), sino también ontológico (Idea de Ser, Idea de Viviente, Idea de Animal...) y estético (Idea de Belleza). Efectivamente, en Platón, más que en ningún otro pensador griego, no hay separación entre el Bien, el Ser y la Belleza.

Y Aristóteles, discípulo de Platón y por tanto de Sócrates, sigue esta misma línea, que es la línea de la filosofía, línea que continuarán tanto Descartes como Kant, Hegel como Ortega: el conocimiento verdadero es conocimiento de lo universal. Y no puede haber filosofía si no aceptamos este dictamen: si se niega la posibilidad de la filosofía es porque se niega la posibilidad del conocimiento universal.

En definitiva, cualquier anuncio de la muerte de la filosofía o del final de la razón ha de fundarse en la muerte del conocimiento universal y en el triunfo del relativismo.

Para confirmar que este hecho no se ha producido nos basta con releer a Aristóteles y comprobar la buena salud de sus conceptos de universalidad, necesidad y posibilidad. Para ello nos vamos a remitir al texto de la *Ética a Nicómaco*¹ recogido al final de este escrito. Mediante esta pequeña práctica de filosofía queremos mostrar que la filosofía está viva y, contra los cantos de los posmodernos y nuevos sofistas, sigue buscando la verdad, el bien y la belleza: la filosofía sigue siendo amor a la sabiduría.

¹ Aristóteles (1985): *Ética a Nicómaco*, 1139b 15- 1141b 5. Traducción de Julio Pallí Bonet. Madrid: Gredos, pp. 270-276.

2. CONOCIMIENTO UNIVERSAL

Para Aristóteles, como para Platón, el auténtico conocimiento es el conocimiento inteligible, porque éste es conocimiento de lo universal: para ambos un conocimiento universal solo puede consistir en el conocimiento de objetos universales, puesto que conocer lo universal, conocer los objetos válidos para todos los casos, proporciona un conocimiento que no es relativo ni cambiante. Por el contrario, un conocimiento de opinión es un conocimiento de lo individual (o particular), esto es, un conocimiento sensible. El ojo ve al individuo (Sócrates), mientras que el entendimiento lo juzga como algo universal (hombre).

Pero a diferencia de Platón, para Aristóteles todo conocimiento de lo universal comienza por los sentidos: no puede haber nada en el entendimiento que previamente no haya pasado por los sentidos.

En suma, todo conocimiento de la verdad es un conocimiento intelectual, esto es un conocimiento de lo universal, válido para todos los casos y todas las perspectivas, mientras que la ausencia de verdad (“el engaño”) procede de la suposición y de la opinión, las cuales versan sobre lo individual, que es cambiante y variable, válido sólo para este caso y desde esta perspectiva. Ahora bien, hay distintos tipos de conocimiento intelectual en función de que el objeto universal sea necesario o posible.

3. LO NECESARIO Y LO POSIBLE

Aristóteles entiende por *necesario* aquello que no puede ser de otra manera de como es (es “eterno, ingénito e indestructible”). Por tanto, no puede ser modificado por el hombre, solo puede ser contemplado (*theoria*). Al conocimiento de lo universal y además necesario lo llama *ciencia (episteme)*. Conocer una operación aritmética o un teorema geométrico, el movimiento de un planeta o el fenómeno de la lluvia... son ejemplos de conocimientos propios de la ciencia: su verdad nos la encontramos y no podemos modificarla, solo aceptarla tal como es.

Por el contrario, “posible” o contingente es aquello en lo que el hombre tiene posibilidad de intervenir, que puede modificarlo. El conocimiento de lo universal pero posible es para Aristóteles cuestión de lo que ocurre en las “producciones artísticas” (*techne*) y de lo que sucede en las “decisiones prudentes” (*phronesis*).

4. EL ARTE

La práctica de la medicina, la construcción de una casa, la escritura de un poema, la retórica, la gramática... pueden ser realizadas de múltiples maneras cada una ellas, porque las reglas que guían estas tareas dependen del hombre y la circunstancia en cada caso. Esto no quiere decir que no haya reglas, sí las hay, pero las reglas son puestas por el hombre. En el arte se abre la opcionalidad, “la posibilidad”, pues es un conocimiento de lo “no-necesario”. Lo cual no significa que el arte sea un conocimiento relativo, pues el arte es un conocimiento intelectual y es por tanto conocimiento de lo universal. El arte es conocimiento de lo universal pero no necesario, tal como afirma Aristóteles.

Dicho en otras palabras, una casa puede ser construida de indefinidas maneras, pues hay muchas maneras de hacer una casa (conocimiento de lo posible) pero no cualquier manera nos vale, no cualquier construcción es una casa (conocimiento universal). Igualmente un poema puede ser producido de indefinidas maneras, lo cual no quiere decir que cualquier conjunto de palabras sea un poema. Como “producción” se dice en griego *poiesis*, para Aristóteles el arte es un *conocimiento productivo o poético* y de esta manera designa al arte en general con el nombre que para nosotros es una las formas más bellas de hacer arte, la poesía.

5. LA PRUDENCIA

Ahora bien, el hombre puede intervenir no solo produciendo objetos sino que la propia conducta humana puede ser “modificada” por el hombre. Se abre aquí la posibilidad de decidir acerca de nuestra conducta. Cuando un hombre da su mano a un amigo o golpea a un enemigo, estamos hablando de acciones humanas, acciones que no entran dentro de lo necesario sino de lo posible, es decir, se abre la posibilidad de hacerlo de una manera o de otra, interviene la voluntad humana. Esta capacidad de decisión, este saber decidir sobre nuestra conducta, fue llamado por Aristóteles *phronesis*, que lo latinos tradujeron como *prudentia*.

La prudencia es por tanto el conocimiento acerca de las conductas humanas y como acción o conducta humana se dice en griego *praxis*, el conocimiento sobre la conducta humana recibe el nombre de *conocimiento práctico*. El conocimiento práctico (prudencia) y el conocimiento productivo o poético (arte) se contraponen al conocimiento teórico o contemplativo (ciencia).

Pero la prudencia o conocimiento práctico sigue siendo un conocimiento de lo universal pero no necesario. Igual que en el caso del arte, la prudencia es un saber que permite múltiples maneras de hacer las cosas, lo cual no quiere decir que

no haya reglas, sino que las reglas las decide el hombre. No hay ningún tipo de relativismo, por tanto. La prudencia es conocimiento de lo universal (hay reglas) pero posible (hay elección). Hay muchas formas de conducirse el ser humano, pero esto no quiere decir que todas ellas sean igualmente válidas. La prudencia incluye la ética (gobierno de la vida privada), la política (gobierno de la ciudad) y la economía (esta última entendida como gobierno de la casa).

6. LA UNIVERSALIDAD DEL BIEN Y DE LA JUSTICIA

Este análisis del concepto de universalidad nos permite entender que Aristóteles no admite ningún tipo de relativismo en el campo de la ciencia (la ciencia es conocimiento de lo universal y necesario) ni en el campo de la ética y la política (la prudencia, que incluye la ética y la política, es conocimiento de lo universal y posible). Por tanto, del mismo modo que la verdad es universal y necesaria, el bien y la justicia han de ser considerados como universales pero posibles.

Si simplificando consideramos que el bien (acciones humanas buenas) es el objeto de estudio de la ética y que la justicia (acciones humanas justas) es el objeto de estudio de la política, hemos de reconocer que para Aristóteles lo bueno y lo justo son principios universales que pueden ser conocidos por la razón humana. El bien y la justicia no dependen del tiempo y del lugar, del hombre concreto que en cada caso actúa, de sus circunstancias personales, ni culturales ni históricas, sino que son principios universales que pueden ser alcanzados por la razón humana. Negar esto supone negar la filosofía de Aristóteles y por supuesto negar la filosofía misma.

7. LA POSIBILIDAD DEL BIEN Y DE LA JUSTICIA

Aceptado esto, que el bien y la justicia sean principios universales válidos para todos los seres humanos sin importar sus condiciones personales, sociales, históricas, económicas o culturales, no significa que el bien y la justicia se den siempre (necesariamente). Ya hemos dicho que la ética y la política son conocimientos universales pero no necesarios, por lo cual los principios del bien y de la justicia no se nos presentan como necesarios, mientras que sí lo son los principios de las matemáticas o de la física. Ante una ley matemática o una ley física solo nos cabe acatar su cumplimiento (solo nos cabe “contemplar” su necesidad, diría Aristóteles). Por el contrario, las leyes éticas y políticas aun siendo universales siempre pueden ser ignoradas por el ser humano que se niegue a cumplirlas. Aquí entra nuestra capacidad de decisión, nuestra voluntad. En suma,

yo puedo conocer mis deberes morales o políticos y sin embargo negarme a cumplirlos. Porque el ser humano, de acuerdo con Aristóteles, no sólo es razón sino también voluntad.

8. EL RELATIVISMO

Puesto que la *ciencia* es un conocimiento de lo universal y necesario y que la *prudencia* (ética y política) es un conocimiento de lo universal pero posible, queda descartado el relativismo científico o ético en Aristóteles. Efectivamente, el relativismo se caracteriza como la imposibilidad de alcanzar principios universales (en cualquiera de los campos: la ciencia, la moral, la cultura, el arte...), de modo que cualquier manifestación o afirmación se ha presentar siempre como dependiente de (*relativa a*) las circunstancias de tiempo y lugar en que fue proferida. Por ejemplo, el relativismo cultural considera que cualquier costumbre o tradición es tan válida como cualquier otra, el relativismo científico acepta que tan válida es la teoría geocéntrica del cosmos como la heliocéntrica. De este modo, para un relativista (Feyerabend) tan válida es la hechicería como la medicina. No hay punto de vista privilegiado sobre el universo, en la danza del devenir temporal cualquier perspectiva es tan válida como cualquier otra. El relativismo niega el progreso cognoscitivo o moral, puesto que no hay un criterio universal de verdad o de bien.

9. EL ABSOLUTISMO

El concepto de posibilidad aplicado a las acciones humanas nos permite entender que Aristóteles no admite ningún tipo de relativismo en el campo de la ética y la política. Ahora bien esto no quiere decir que su ética y su política sean absolutistas.

A menudo se confunde universalismo con absolutismo. Por absolutismo entendemos la defensa de principios indiscutibles en el campo de la ciencia y de la moral, principios que se imponen sin posibilidad de discusión. Ejemplo de absolutismo es el dogmatismo religioso en el tema de la fe, que obliga a aceptar ciertos principios de fe impuestos bajo la amenaza o la persuasión sin posibilidad de crítica ni discusión. También el etnocentrismo cultural pertenece a este tipo de absolutismo que impone la cultura propia como la mejor y única válida frente a las otras culturas consideradas como atrasadas o salvajes.

La característica que separa tajantemente absolutismo frente a universalismo, en cualquiera de los campos (religión, cultura, moral o ciencia),

consiste en que el primero no admite la crítica ni la discusión sino que sus principios se imponen sin más, mientras que en el segundo los principios no nos son impuestos sino que, sometidos a crítica y a discusión, resultan vencedores.

No hay ciencia sin método escéptico, pero la ciencia no es en sí escéptica. La ciencia es conocimiento de lo universal, conocimiento de aquellos principios que sometidos a la crítica y a la duda escéptica resultan incólumes.

Lo mismo podemos decir de la cultura y de la moral. Podemos alcanzar principios universales para la cultura, pero estos principios no son impuestos, sino alcanzados a partir de un proceso racional de discusión y crítica. Por ejemplo, los derechos humanos universales no son rasgos culturales exclusivos de una civilización como la occidental, sino que recogen los principios universales de toda la humanidad.

10. ARISTÓTELES: EL SER SE DICE DE MUCHAS MANERAS

La noción de lo *universal* como eje sobre el que descansa la teoría del conocimiento en Aristóteles nos muestra que en él no hay rastro de esto que hemos denominado absolutismo, pero tampoco de ninguna manera se inclina hacia el relativismo. Es precisamente su concepción de *ser* como *naturaleza* (*physis*) lo que permite manejar la *esencia* (*eidos*) como algo universal pero al mismo tiempo múltiple: la esencia de algo es *su* naturaleza, aquello que le hace ser lo que es y que comparte con todo aquello de su misma *especie*.

A diferencia de Platón, en quien el ser era entendido como la esencia y esta concebida como idea universal pero única y unívoca, hay en Aristóteles un exquisito equilibrio entre la unidad y la pluralidad de modo que siempre que su filosofía despliega la multiplicidad de la naturaleza al mismo tiempo reúne esa pluralidad en un principio unificador. Para Aristóteles no hay un ser único sino múltiple y diverso (el ser se dice de múltiple maneras) pero esto nunca quiere decir que no haya ser o que cada cual pueda entender el ser a su propia manera, sino que todo ser se dice en relación a uno primero, la sustancia (*ousía*, entidad). También la forma (*morphé*) se dice de múltiples maneras porque también la materia (*hyle*) es en cierto modo esencia. Incluso, en el terreno de la ética nos recuerda que el bien se dice de tantas maneras como el ser.

11. CONCLUSIÓN: LA CRISIS DE LA FILOSOFÍA

Nuestro recurso a Aristóteles ha pretendido devolvernos una noción de la filosofía que de puro clásica muchas veces cae en el olvido. ¿Muerte de la filosofía? ¿Final de la razón? ¿De qué estamos hablando los filósofos?

Aristóteles nos mostró a un ser humano como dotado de razón (*logos*), de entendimiento (*nous*). Es el entendimiento aquello de divino que hay en el hombre. Pero el hombre es algo más que entendimiento. No es solo una razón que ordena y manda (razón como elemento rector, virtudes intelectuales) sino también una vida que debe someterse y obedecer a la razón (razón como elemento regido, virtudes éticas). Si el hombre fuera solo razón e intelecto su conocimiento sería pleno (sabiduría, *sophia*), su vida sería una vida dedicada plena y exclusivamente a la contemplación: “sería superior a la del hombre: en efecto, viviría así no en tanto que hombre, sino en tanto que algo divino hay en él” (*Ética a Nicómaco*, 1177b27-29).

La sabiduría pura habría de ser pura teoría (contemplación) y en eso consistiría la felicidad, la realización completa (acto) del ser del hombre, pero el hombre, como hemos dicho, no es solo intelecto (*nous*). El intelecto es aquello de divino que hay en el hombre, pero el hombre, como todo en la naturaleza, es algo más, es también cuerpo (materia), capacidad (potencia).

Es esta tensión entre la materia y la forma, entre el acto y la potencia, entre la unidad y la multiplicidad, entre el ser y el no ser, en lo que consiste toda la filosofía de Aristóteles. En el caso del ser humano esta tensión se traduce en estar siempre en la encrucijada, entre el ser y el no ser. Encrucijada, decisión se dice en griego *krisis*. Efectivamente, el hombre, y la filosofía, está siempre en crisis, está siempre en la encrucijada: entre el saber y la ignorancia, entre la ciencia y el relativismo, entre el ser y el no ser. No hay final de la razón, sino que la filosofía siempre está en crisis, en lucha constante entre la razón y el relativismo. Es la eterna disputa entre los socráticos y los sofistas. Aristóteles, socrático en este sentido, nos ha permitido recordarlo:

El hombre es aspiración, búsqueda (*filo*), de la felicidad y de la sabiduría (*sophia*), que nunca puede alcanzar porque el hombre, y la filosofía, es esencialmente tensión, encrucijada, crisis: la esencia del ser humano es buscar la sabiduría (y por ende) la felicidad y, aún a sabiendas de nunca poder alcanzarlas, estar continuamente aspirando a la sabiduría (*filosophia*).

TEXTO: Aristóteles (1985): *Ética a Nicómaco*, 1139b 15- 1141b 5. Traducción de Julio Pallí Bonet. Madrid: Gredos, pp. 270-276.

Establezcamos que las disposiciones por las cuales el alma posee la verdad cuando afirma o niega algo son cinco, a saber, el arte, la ciencia, la prudencia, la sabiduría y el intelecto; pues uno puede engañarse con la suposición y con la opinión.

Qué es la ciencia, es evidente a partir de ahí –si hemos de hablar con precisión y no dejarnos guiar por semejanzas–: todos creemos que las cosas que conocemos no pueden ser de otra manera; pues las cosas que pueden ser de otra manera, cuando están fuera de nuestra observación, se nos escapa si existen o no. Por consiguiente, lo que es objeto de ciencia es necesario. Luego es eterno, ya que todo lo que es absolutamente necesario es eterno, y lo eterno es ingénito e indestructible. Además, toda ciencia parece ser enseñable, y todo objeto de conocimiento, capaz de ser aprendido. Y todas las enseñanzas parten de lo ya conocido, como decíamos también en los *Analíticos*, unas por inducción y otras por silogismo. La inducción es principio, incluso, de lo universal, mientras que el silogismo parte de lo universal. De ahí que haya principios de los que parte el silogismo que no se alcanzan mediante el silogismo, sino que se obtienen por inducción. Por consiguiente, la ciencia es un modo de ser demostrativo y a esto pueden añadirse las otras circunstancias dadas en los *Analíticos*; en efecto, cuando uno está convencido de algo y le son conocidos sus principios, sabe científicamente; pues si no los conoce mejor que la conclusión, tendrá ciencia sólo por accidente. Sea, pues, especificada de esta manera la ciencia.

Entre lo que puede ser de otra manera está el objeto producido y la acción que lo produce. La producción es distinta de la acción (uno puede convencerse de ello en los tratados exotéricos); de modo que también el modo de ser racional práctico es distinto del modo de ser racional productivo. Por ello, ambas se excluyen recíprocamente, porque ni la acción es producción, ni la producción es acción. Ahora bien, puesto que la construcción es un arte y es un modo de ser racional para la producción, y no hay ningún arte que no sea un modo de ser para la producción, ni modo de ser de esta clase que no sea un arte, serán lo mismo el arte y el modo de ser productivo acompañado de la razón verdadera. Todo arte versa sobre la génesis, y practicar un arte es considerar cómo puede producirse algo de lo que es susceptible tanto de ser como de no ser y cuyo principio está en quien lo produce y no en lo producido. En efecto, no hay arte de cosas que son o llegan a ser por necesidad, ni de cosas que se producen de acuerdo con su naturaleza, pues éstas tienen su principio en sí mismas. Dado que la producción y la acción son diferentes, necesariamente el arte tiene que referirse a la producción y no a la acción. Y, en cierto sentido, ambos, el azar y el arte, tienen el mismo objeto, como dice Agatón: "El arte ama el azar y el azar el arte". El arte, pues, como queda dicho, es un modo de ser productivo acompañado de razón verdadera, y la falta de arte, por el contrario, un modo

de ser productivo acompañado de razón falsa, referidas ambas a lo que puede ser de otra manera.

El cuanto a la prudencia, podemos llegar a comprender su naturaleza, considerando, a qué hombres llamamos prudentes. En efecto, parece propio del hombre prudente el ser capaz de deliberar rectamente sobre lo que es bueno y conveniente para sí mismo, no en un sentido parcial, por ejemplo, para la salud, para la fuerza, sino para vivir bien en general. Una señal de ello es el hecho de que, en un dominio particular, llamamos prudentes a los que para alcanzar algún bien, razonan adecuadamente, incluso en materias en las que no hay arte. Así, un hombre que delibera rectamente puede ser prudente en términos generales. Pero nadie delibera sobre lo que no puede ser de otra manera, ni sobre lo que no es capaz de hacer. De suerte que si la ciencia va acompañada de demostración, y no puede haber demostración de cosas cuyos principios pueden ser de otra manera (porque todas pueden ser de otra manera), ni tampoco es posible deliberar sobre lo que es necesariamente, la prudencia no podrá ser ni ciencia ni arte: ciencia, porque el objeto de la acción puede variar; arte, porque el género de la acción es distinto del de la producción. Resta, pues, que la prudencia es un modo de ser racional verdadero y práctico, respecto de lo que es bueno y malo para el hombre. Porque el fin de la producción es distinto de ella, pero el de la acción no puede serlo; pues una acción bien hecha es ella misma el fin. Por eso creemos que Pericles y otros como él son prudentes, porque pueden ver lo que es bueno para ellos y para los hombres, y pensamos que ésta es una cualidad propia de los administradores y de los políticos. Y es a causa de esto por lo que añadimos el término "moderación" al de "prudencia", como indicando algo que salvaguarda la prudencia. Y lo que preserva es la clase de juicio citada; porque el placer y el dolor no destruyen ni perturban toda clase de juicio (por ejemplo, si los ángulos del triángulo valen o no dos rectos), sino sólo los que se refieren a la actuación. En efecto, los principios de la acción son el propósito de esta acción; pero para el hombre corrompido por el placer o el dolor, el principio no es manifiesto, y ya no ve la necesidad de elegirlo y hacerlo todo con vistas a tal fin: el vicio destruye el principio. La prudencia, entonces, es por necesidad un modo de ser racional, verdadero y práctico, respecto de lo que es bueno para el hombre.

Además, existe una excelencia del arte, pero no de la prudencia, y en el arte el que yerra voluntariamente es preferible, pero en el caso de la prudencia no, como tampoco en el de las virtudes. Está claro, pues, que la prudencia es una virtud y no un arte. Y, siendo dos las partes racionales del alma, la prudencia será la virtud de una de ellas, de la que forma opiniones, pues tanto la opinión como la prudencia tienen por objeto lo que puede ser de otra manera. Pero es sólo un modo de ser racional, y una señal de ello es que tal modo de ser puede olvidarse, pero la prudencia, no.

Puesto que la ciencia es conocimiento de lo universal y de las cosas necesarias, y hay unos principios de lo demostrable y de toda ciencia (pues la ciencia es racional), el principio de lo científico no puede ser ni ciencia, ni

arte, ni prudencia; porque lo científico es demostrable, mientras que el arte y la prudencia versan sobre cosas que pueden ser de otra manera. Tampoco hay sabiduría de estos principios, pues es propio del sabio aportar algunas demostraciones. Si, por lo tanto, las disposiciones por las que conocemos la verdad y nunca nos engañamos sobre lo que no puede o puede ser de otra manera, son la ciencia, la prudencia, la sabiduría y el intelecto, y tres de ellos (a saber, la prudencia, la ciencia, y la sabiduría) no pueden tener por objeto los principios, nos resta el intelecto, como disposición de estos principios.

En las artes, asignamos la sabiduría a los hombres más consumados en ellas, por ejemplo, a Fidias, como escultor, y a Policleto, como creador de estatuas, no indicando otra cosa sino que la sabiduría es la excelencia de un arte. Consideramos a algunos hombres como sabios en general y no en un campo particular o en alguna calificada manera, como dice Homero en el *Margites*: *Los dioses no le hicieron cavador ni labrador ni sabio [en ninguna otra cosa]*.

De suerte que es evidente que la sabiduría es la más exacta de las ciencias. Así pues, el sabio no sólo debe conocer lo que sigue de los principios, sino también poseer la verdad sobre los principios. De manera que la sabiduría sería intelecto y ciencia, una especie de ciencia capital de los objetos más honorables. Sería absurdo considerar la política o la prudencia como lo más excelente, si el hombre no es lo mejor del cosmos. Si, en verdad, lo sano y lo bueno son distintos para los hombres y los peces, pero lo blanco y lo recto son siempre lo mismo, todos podrán decir que lo sabio es siempre lo mismo, pero lo prudente varía; en efecto, se llama prudente al que puede examinar bien lo que se refiere a sí mismo, y eso es lo que se confiará a ese hombre. Por eso se dice que algunos animales son también prudentes, aquellos que parecen tener la facultad de previsión para la propia vida. Es evidente también que la sabiduría y la política no son lo mismo, pues ni por sabiduría se entiende el conocimiento relativo a cosas útiles para uno mismo, habrá muchas sabidurías, porque no habrá una sola acerca de lo que es bueno para todos los animales, sino una diferente para cada uno a menos que se diga que también hay una sola medicina para todos. Y nada cambia, si se dice que el hombre es el más excelente de los animales, porque también hay otras cosas mucho más dignas en su naturaleza que el hombre, como es evidente por los objetos que constituyen el cosmos. De lo dicho, entonces, está claro que la sabiduría es ciencia e intelecto de lo más honorable por naturaleza. Por eso, Anaxágoras, Tales y otros como ellos, que se ve que desconocen su propia conveniencia, son llamados sabios, no prudentes, y se dice que saben cosas grandes y admirables, difíciles y divinas, pero inútiles, porque no buscan los bienes humanos.